

La investigación que nadie soñó posible

Qué sucede cuando un economista se encuentra con una plataforma de big data construida para el Sur Global

Durante décadas, las recomendaciones de política transmitidas desde Washington al Sur Global han cargado con el peso de la ortodoxia: reducir la inversión estatal, liberalizar los mercados, cambiar hacia un crecimiento impulsado por el consumo. A China, el caso de desarrollo más exitoso del último medio siglo, se le ha dicho en repetidas ocasiones que su modelo impulsado por la inversión es insostenible, y que debe seguir el camino de las economías avanzadas.

Pero ¿y si los datos contaran una historia diferente?

¿Y qué tal si la razón por la que nadie lo había comprobado no fuera una falta de voluntad, sino que las herramientas para hacerlo se mantuvieron fuera del alcance?

El hallazgo

Durante más de 20 años, John Ross ha estudiado la economía de China, no como un rompecabezas teórico, sino como la historia de desarrollo más trascendental de la época. Él vio cómo el país salía de la pobreza para convertirse en la segunda economía más grande del mundo, mientras los economistas occidentales seguían pronosticando que el crecimiento se estancaría. Eso nunca sucedió.

Ross —un economista británico, miembro sénior en el Instituto Chongyang de Estudios Financieros de la Universidad Renmin y exdirector de Política Económica y Empresarial para el Alcalde de Londres— se propuso poner a prueba la receta. Su pregunta era sencilla: en las economías de todo el mundo, ¿cuál es la relación entre la inversión de un país en infraestructura y equipo productivo (lo que los economistas denominan “formación neta de capital fijo”) y la tasa de crecimiento de su economía?

No se trataba de analizar un puñado de países elegidos convenientemente —lo que, en esencia, equivale a seleccionar datos que respaldan un argumento y fingir que representan al mundo entero—. Ross quería examinar las 210 economías por completo, agruparlas por tamaño y comparar. Un estudio empírico sistemático a una escala que nadie había intentado.

El resultado: entre las diez economías más grandes del mundo, que juntas representan el 67 por ciento del PIB mundial, la correlación entre la participación de la formación neta de capital fijo en el PIB y la tasa de crecimiento económico es de 0,95. En las ciencias sociales, una correlación superior a 0,7 se considera fuerte; superior a 0,8, muy fuerte. Superior a 0,9, en datos económicos del mundo real, es prácticamente inaudito. Lo que este número significa es contundente: entre las grandes economías, cuanto más invierte un país en capacidad productiva, más rápido crece. Sin excepciones.

Al ampliar el alcance a las cincuenta economías más grandes, excluyendo a los exportadores de petróleo, que abarcan el 88 por ciento del PIB mundial, la correlación se mantiene en 0,90.

Para los economistas occidentales, las implicaciones políticas son incómodas.

China e India, con una formación neta de capital fijo superior al 20 por ciento del PIB, son las grandes economías de más rápido crecimiento. Los países del G7 — Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, el Reino Unido, Italia, Canadá — caen en su mayoría por debajo del 5 por ciento. Su crecimiento es correspondientemente lento. Los países con las relaciones consumo-PIB más altas — Namibia con un 98 por ciento, Sudán con un 97 por ciento, Zimbabue con un 94 por ciento — se encuentran entre los más pobres de la Tierra.

Quienes aconsejan a China “cambiar hacia un crecimiento impulsado por el consumo” están, en efecto, aconsejándole que recorra un camino que los datos ya han demostrado que conduce a un crecimiento más lento. Entre las grandes economías, cuanto mayor es la participación del consumo en el PIB, más lentos resultan ser tanto el crecimiento económico como el crecimiento del consumo. El consejo no es meramente cuestionable. Los datos sugieren que es una receta para el estancamiento.

Esta fue la primera vez que alguien realizaba un estudio empírico sistemático de las economías globales agrupadas por tamaño. Los hallazgos completos, publicados por Tricontinental: Instituto de Investigación Social como *Hacia una nueva teoría del desarrollo para el Sur Global*, plantean un desafío formidable a las recetas de desarrollo que han dado forma a las políticas en todo el Sur durante décadas.

Por qué esta investigación era imposible

Ross había querido realizar este estudio durante años. Nunca lo hizo — no porque la teoría fuera demasiado difícil, sino porque la infraestructura para hacerlo no existía.

Los datos necesarios para un estudio de este tipo están dispersos en más de una docena de instituciones internacionales — el Banco Mundial, el FMI, las Naciones Unidas, la OIT, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés), la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés) —, cada una con su propio sitio web, su propio procedimiento de descarga, su propio formato de datos, su propio cronograma de actualización. Simplemente aprender a extraer datos comerciales del sistema Comtrade de la ONU tomó tres meses.

Luego viene el segundo problema. El PIB no es un solo número. Viene en 32 variedades: precios corrientes o precios constantes, dólares estadounidenses o moneda local, paridad de poder adquisitivo o tipos de cambio de mercado. Cada elección es una bifurcación en el camino, y las cifras resultantes pueden diferir por un factor de varios. Determinar cuáles son realmente esas 32 variantes, y cuál es la adecuada para qué tipo de análisis, tomó otros tres meses. Seis meses perdidos antes de un solo cálculo.

Luego, el cálculo mismo. Una media móvil es una operación estadística básica. Pero calcular una en una hoja de cálculo convencional para un solo indicador en 160 países significa construir macros, luchar con tablas dinámicas y verificar cada punto de datos a mano. Un indicador: entre 30 y 40 horas. Ross estaba contemplando decenas de miles.

Como él mismo expresó: “Esta es una investigación que ni siquiera soñé con hacer, porque hacer las medias móviles de 160 países y realmente compararlas, cargarlas y ejecutarlas — eso habrían sido años de mi vida. En una sola serie”.

Esta no es una historia sobre la inconveniencia de un economista. Es una historia sobre cómo la arquitectura de la producción global de conocimiento filtra qué preguntas se pueden plantear. Cuando los datos están fragmentados, los formatos son incompatibles y el procesamiento requiere recursos disponibles únicamente para instituciones con abundante

financiamiento en el Norte Global, líneas enteras de investigación quedan clausuradas antes de comenzar. La imaginación de los investigadores en todo el Sur está precensurada — no por la ideología, sino por la infraestructura.

Rompiendo el monopolio

La plataforma que hizo posible la investigación de Ross se llama GSI —Perspectivas del Sur Global (Global South Insights, por sus siglas en inglés)—, un proyecto de Tricontinental: Instituto de Investigación Social. Fue construida no para Silicon Valley o la Ivy League, sino para académicos, gobiernos progresistas y movimientos sociales en el Sur Global.

GSI reúne 96 conjuntos de datos de instituciones internacionales — 41.100 indicadores, 3,45 mil millones de filas de datos que abarcan desde la década de 1920 hasta el presente — bajo un único sistema unificado. Armoniza las definiciones entre instituciones, documenta dónde el Banco Mundial y el FMI se refieren a cosas diferentes con el mismo término, y señala cuáles conjuntos de datos no se pueden comparar directamente. Tiene salvaguardas integradas contra errores metodológicos comunes: intente calcular una tasa de crecimiento real en una serie a precios corrientes, y el sistema lo detendrá. Las 32 variedades del PIB están organizadas sistemáticamente con reglas de uso que evitan el tipo de errores que pueden invalidar silenciosamente un estudio entero.

Los cálculos que antes tomaban entre 30 y 40 horas por indicador se ejecutan en segundos. Las agrupaciones de países — 274 de ellas, desde el G7 hasta los BRICS, pasando por las subregiones de la Unión Africana hasta agrupaciones por historia colonial — están integradas. El avance metodológico de agrupar las economías por tamaño, que las herramientas convencionales no podían soportar sin empezar de cero cada vez, se convierte en una simple selección.

Cuando Ross vio que el sistema completaba en segundos lo que él había asumido que tomaría años, su reacción no fue simplemente “eso es más eficiente”. Ocurrió algo más importante: comenzó a plantear preguntas que nunca antes se había atrevido a formular. Cada pregunta de investigación solía pasar por un filtro invisible: ¿tengo el tiempo para ejecutar esto? ¿Tengo los recursos? Ese filtro mató innumerables preguntas buenas antes de que el investigador notara siquiera que estaba allí. Ahora ese filtro ha desaparecido.

El punto no es la tecnología. El punto es lo que se vuelve posible cuando el Sur Global tiene acceso soberano a las herramientas empíricas necesarias para desafiar la sabiduría heredada. Por primera vez, un académico independiente en Acra o La Paz puede interrogar los mismos datos, a la misma escala, que un equipo de investigación en Harvard —y llegar a conclusiones que las ortodoxias de Washington han trabajado durante mucho tiempo para ocultar—. Y debido a que GSI fue construido para el Sur Global, estas capacidades están disponibles a un costo tan bajo que es prácticamente insignificante.

Los hallazgos de Ross fueron publicados por Tricontinental como [*Hacia una nueva teoría del desarrollo para el Sur Global*](#). El estudio completo, y la visión detrás de él, se presentarán en el número inaugural de *Circuitos Bandung*.

El espíritu de Bandung siempre fue, en parte, una demanda del derecho a conocer el mundo bajo los propios términos. Esa demanda tiene ahora un nuevo instrumento —y la evidencia que está produciendo debería inquietar a cualquiera que todavía ande pregonando los viejos consejos—.